

El lenguaje mexicano de la muerte*

Por Juan M. LOPE BLANCH

Observa Juan José Arreola que “el pueblo mexicano, en expresión artística, ha tomado a la muerte en broma”. Y no sólo —podríamos añadir— en su expresión artística, sino en todas sus manifestaciones, en su lenguaje y, quizá también, en su actitud misma ante el mundo y la vida. En México “la muerte no es la demoníaca adversaria del hombre, [sino que] se le presenta en calidad de buen amigo o de un compadre, con quien nos permitimos gastar una broma”.¹ Chanzas y burlas que se gastan a la muerte ya a través de las *calaveras* del Día de Difuntos, ya mediante los grabados y dibujos de José Guadalupe Posada o de Manuel Manilla, ya por medio de coplas y cantares populares, ya en forma de grotescos esqueletos de cartón o de coloridas *calacas* de azúcar; ya, sobre todo, a través del habla popular —inagotable—, que es el único objeto de este estudio.

Son muchas las causas y razones que se han aducido para explicar esa irrespetuosidad, esa confianza festiva con que el mexicano toma a la muerte. Y se han buscado sus raíces, inclusive, en las creencias de la sociedad indígena precortesiana. Ya el padre Sahagún reparaba en el peculiar concepto que de la muerte tenían los aztecas: “Decían los antiguos que cuando morían, los hombres no perecían, sino que de nuevo comenzaban a vivir, casi despertando de un sueño, y se volvían en espíritus o dioses... Y cuando alguno se moría, de él solían decir que ya era teotl.” Muerte y vida no estaban tan separadas, tan nitidamente diferenciadas —contrapuestas— como para el hombre occidental: “Para los antiguos mexicanos la oposición entre muerte y vida no era tan absoluta como para nosotros. La vida se prolongaba en la muerte. Y a la inversa... La vida no tenía función más alta que desembocar en la muerte, su contrario y complemento; y la muerte, a su vez, no era un fin en sí; el hombre alimentaba con su muerte la voracidad de la vida, siempre insatisfecha” (OCTAVIO PAZ, *El laberinto de la soledad*, México, 1950, pp. 56-57).

Esta identificación de contrarios se aprecia asimismo en la mitología prehispánica: “Coatlicue es al mismo tiempo la diosa de la tierra y la diosa de la muerte. No sólo es la gran paridora, de cuyo seno surge todo lo que tiene vida y existencia; es también la gran destructora, que vuelve a devorarlo todo.”² Idénticos poderes reúne Itzamná, el dios supremo de los antiguos mayas, dios de la vida y de la muerte al mismo tiempo, potencia a la par conservadora y destructora. De ahí que para los antiguos mexicanos —como para tantos otros pueblos— el concepto de lo perecedero sea, a la vez, el de lo perenne; de ahí que el nacimiento de cualquier criatura se interprete como una destrucción de que surge nueva vida (“la hora del nacimiento se llamaba *hora de la muerte*”;³ de ahí que se pensase que el grano de maíz que se hunde en la tierra debía morir para que pudiese brotar la planta. Por todo ello, los atributos

del dios de la muerte no eran la destrucción, el fin último, la ruina total, sino que en él debe verse una figuración simbólica de la resurrección. No es, pues, de extrañar que los sacrificios humanos —tan monstruosos para los ojos de los conquistadores— fuesen relativamente naturales para los indígenas y hasta motivos de distinción y alto honor para los mismos sacrificados, puesto que de esa manera se convertían en mensajeros enviados a la divinidad, e incluso podían llegar a identificarse con ella.

Para los antiguos mexicanos la calavera, como motivo simbólico u ornamental, no debía de aparecer como nada horripilante o atemorizador, ya que con ella se aludía, más que a la muerte, a la inmortalidad de la vida, a la incesante resurrección. Quizá en la costumbre del México contemporáneo de utilizar todo tipo de calaveras como adorno festivamente macabro, pueda descubrirse una herencia del México precortesiano: “El hecho de que la calavera, símbolo de la muerte, fuera una de las más populares formas ornamentales del México antiguo... permite la suposición de que la calavera haya sido precisamente el símbolo de la vida, tal como Coatlicue, la que devora todo, es el símbolo de la tierra (de la fecundidad).”⁴

Frente al concepto cristiano de la muerte, para el cual es ése el momento decisivo, el instante supremo de la vida (“un punto de contrición da a un alma la salvación”).⁵ El pensamiento prehispánico de México no otorga a ese trance tan trascendental significado. El paraíso, la bienaventuranza eterna es el premio reservado al buen cristiano; al impío, al pecador le esperan los inacabables tormentos del infierno. Y la hora de la muerte es la que da paso, para el cristiano, a esa terrible alternativa. De ahí la trascendencia de la muerte; de ahí que toda la vida del hombre deba normarse siempre en vista al más allá, a la otra vida de que la muerte es umbral. En cambio, a los aztecas “no les espera un infierno con castigos y tormentos; el ‘infierno’ no es el lugar a donde van los réprobos; simplemente es el lugar a donde van los muertos...; la muerte es el principio de una existencia nueva, la verdadera.”^{6 y 7} Por ello ha podido escribir Xavier Villaurrutia que en México, “se tiene una gran facilidad para morir, que es más fuerte en su atracción conforme mayor cantidad de sangre india tenemos en las venas”. Indiferencia ante la muerte; intrascendencia de la muerte para los aztecas. E intrascendencia de la vida misma, pues que la vida eterna no está condicionada ni por la vida terrenal ni por la muerte. “La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida. El mexicano no solamente postula la intrascendencia del morir, sino la del vivir” (O. PAZ, *Op. cit.*, p. 60). Y, para el antiguo mexicano, todavía más: no sólo la insignificancia de la vida, sino además la vida como sufrimiento. Lo que hace sufrir al hombre, lo que le hace llorar no es la muerte, sino la vida misma, la incertidumbre que es la vida humana sobre la tierra. Los mayas lla-



“las danzas de la muerte que convulsionaron a la sociedad de la baja Edad Media”

—Holbein



"ocasión para mostrar su valor ante tan terrible realidad y, a la vez, para hacer gala de un peculiar humorismo"

maban al niño recién nacido "prisionero de la vida". "Lo que amarga y envenena la vida humana no es la existencia de la muerte, es la existencia de Tezcatlipoca, la conciencia del hombre de no ser dueño de su destino."⁸ Consecuencia de esta concepción del mundo es la consideración de la muerte como un bálsamo que pone fin al sufrimiento vital; como un descanso —el único descanso válido— tras las angustias del mundo;⁹ como una liberación de esa cárcel terrenal en que yace el hombre, el "prisionero de la vida".

Claro que en la visión mexicana actual de la vida y de la muerte no podemos descubrir, sólo, un legado de las creencias precortesianas; a ellas habrá que añadir, naturalmente, la influencia de la filosofía cristiana. También en este caso "es indudable la confluencia indígena y española, el mestizaje psicológico".¹⁰ El resultado de esa simbiosis no deja de ser original: la muerte no posee ahora ni la natural intrascendencia que tenía para los aztecas (simple interludio entre una etapa y otra —superior— de la existencia), ni la decisiva y solemne importancia que adquiere para los europeos. Como señala Octavio Paz, "la muerte mexicana es estéril: no engendra como la de aztecas y cristianos". Pero se piensa en ella, más que nunca, quizá por el misterio que la recubre, por la gran interrogante que supone para el hombre: "El mexicano, obstinadamente cerrado ante el mundo y sus semejantes, ¿se abre ante la muerte? La adula, la festeja, la cultiva, se abraza a ella... pero no se entrega. Todo está lejos del mexicano, todo le es extraño y, en primer término, la muerte, la extraña por excelencia" (O Paz, *Op. cit.*, p. 61).

Sin embargo, o quizá precisamente por ello, hay en México una verdadera obsesión por la muerte, obsesión que se evidencia en el lenguaje tanto o más que en las restantes manifestaciones del vivir mexicano. Y creo que esta obsesión descubre un sentimiento que es, precisamente, el que los mexicanos tratan de ocultar o de disimular con su irrespetuoso desenfado: el temor a la muerte.¹¹ Terror natural a la muerte, puesto que por encima de todo concepto religioso o científico, campea una fuerza universal, el instinto de conservación, que ninguno de nosotros puede sofocar por completo nunca. Nadie se burla sistemáticamente —como el mexicano se burla de la muerte— de lo que quiere o de lo que ignora o desprecia, sino de lo que teme, para encubrir o disimular su temor.

Porque otro de los rasgos definidos del mexicano moderno es el valor, real o aparente, cierto o simulado. "Otra de las obsesiones [que también se refleja nítidamente en el habla] es en México el *machismo*, el afán de alardear de hombría."¹² El hombre, el verdadero "macho", no debe temer a nada, ni siquiera a la muerte. O debe, al menos, sobreponerse a su natural temor, dando muestras de su arrojo.¹³ Que el verdadero valor no radica en no sentir miedo, sino en dominarlo y sobreponerse

a él. Y ¿qué circunstancia mejor para mostrar denuesto que la presencia de la muerte? "De bravos es reírse de la muerte", ha dicho Eugenio D'Ors. Aunque se la tema o, precisamente, porque se la teme. En España —y acaso no tanto como en México— "se considera a la muerte como una realidad amenazadora que el hombre debe afrontar con valor, demostrándolo por medio del estoico desprecio".¹⁴ Para el doctor Goyanes, esa actitud burlona o despectiva ante la muerte revela un profundo valor, casi heroico.¹⁵ Y, a la vez, un alto sentido de lo humorístico. "Tocamos ya, en lo macabro, la cima del humorismo", sostiene Carlos Ges. Porque si la risa, si lo cómico procede —como quiere Kant— de algo que se espera transcendente o positivo y que de pronto se resuelve en nada, no cabe duda de que tal antítesis se da plenamente en el caso del humorismo macabro.¹⁶ "El tránsito de sujeto trágico a sujeto cómico, por su misma voluntad y deseo de juego, lo que llamaríamos inversión tragicómica, representa el más alto grado del humorismo."¹⁷ Si ello es así, no habría duda de la capacidad tragicómica del mexicano.

En resumen: el tema de la muerte proporciona a los mexicanos ocasión para mostrar su *valor* ante tan terrible y *temida* realidad y, a la vez (quizá debería decir "sobre todo"), para hacer gala de su peculiar humorismo.

Con todo lo asentado hasta aquí no quisiera dar la impresión de que esta postura burlesco-despectiva ante la muerte sea, en mi opinión, privativa de los mexicanos. Ni mucho menos. Es bien sabido que en gran número de lenguas uno de los temas que cuentan con más —y más variadas— expresiones es precisamente el de la muerte.¹⁸ Luego la obsesión por el tema, el terror ante la muerte, el humor macabro cultivado como defensa, no son exclusivos del mexicano.

Por lo general, la abundancia de esos eufemismos "mortuorios" en tantas lenguas se ha explicado como efecto del terror que inspira la muerte y su nombre, y como necesidad sentida por el hablante de evitar la palabra que evoca tan horrible concepto; o sea, por un caso claro de tabú lingüístico. Tal es, en síntesis, la opinión de muchos autorizados lingüistas,¹⁹ que no acaba de convencerme plenamente. Sin negar la posibilidad de que, en su origen, varias de estas expresiones procedan de ese temor a la palabra "maldita" o terrible,²⁰ creo que la mayoría de ellas debe explicarse por otros motivos, al menos en su uso contemporáneo. Según Guiraud, muchas de las expresiones alusivas a la muerte que se usan en lugar del directo *matar* obedecen a simples razones de cortesía, que conducen a eufemismos de tipo social más o menos generalizados.²¹

Por su parte, otros lingüistas prefieren buscar las causas de estas creaciones léxicas en los dominios del humorismo humano. Creo que, en efecto, es dentro de este ámbito donde

podremos hallar explicación para el mayor número de las expresiones reunidas en este estudio. El hombre se burla de la muerte para *restarle importancia* y poder, de esa manera, dominar mejor el miedo que le produce.²² Las otras causas —tabú, superstición, convencionalismo social— intervienen también sin duda en la formación de este léxico particular, pero en proporción mucho menor que el humorismo. Esencialmente humorísticos son los esqueletos de cartón populares; las “calacas” de azúcar y las “calaveras” que se escriben el día de difuntos; los dibujos y grabados de tantos pintores mexicanos; las canciones y anécdotas que corren de boca en boca, haciendo brotar la risa y no el llanto,²³ y sobre todo, la mayoría de las expresiones mexicanas con que se sustituyen estas tres simples palabras: *muerte, matar, morir*.

Más difícil me parece determinar de dónde procede este humorismo macabro. No creo que tenga sus raíces en la indiferencia de los aztecas ante la muerte, puesto que en la burla hay mucho de miedo, de terror no compatible con la indiferencia. Tampoco podemos considerarlo simple legado de las europeas danzas de la muerte, que convulsionaron a la sociedad de la baja Edad Media. Ciertamente en aquellas danzas macabras —bajo la severa admonición que recuerda al hombre la vanidad de la vida terrenal y la caducidad de todas las cosas de este mundo ante el poder avasallador de la muerte— late cierto espíritu festivo, sarcástico,²⁴ que es también un paliativo para el terror producido por la muerte.²⁵ Pero no cabe duda de que el humorismo de las danzas macabras es amargo, desgarrador, hiriente; muy distinto, en suma, del humorismo levemente macabro del pueblo mexicano. “Muchos sostienen que al través del corro grotesco de vivos y esqueletos [de las danzas macabras] el hombre se mofa de la muerte. Ahora bien: si hay algo de humor en esto, es humor de vitriolo, un humor bien amargo, en que se expresa el ‘estremecimiento del horror ante la muerte’, para repetir la frase de ‘Huizinga’.”²⁶ Nada de eso sucede en México. En nuestras *calaquitas*, en nuestras *catrinas pelonas* no hay el menor gesto de amenaza, no se oculta simbolismo religioso alguno, no se descubre advertencia ni admonición moralizadora. La *tembeque* no se presenta ante nosotros para recordarnos que algún día habrá de venir a buscarnos, ni en la sonrisa de la *dientona* hay sarcasmo o deleite ante nuestra miseria. Se diría, casi, que hay alegría, que laten irreprimibles ansias de vivir. En estas *danzas macabras a la mexicana* no hay, según Alatorre (*loc. cit.*), “nada de hierático, de solemne; no es tampoco algo puramente macabro o escatológico. La danza de la muerte no es una danza pausada y grave, sino un huateque chocarrero y desenfrenado”.²⁷

¹ PAUL WESTHEIM, *La calavera*, México, 1953, p. 107.

² *Op. cit.*, p. 32.

³ *Op. cit.*, p. 36.

⁴ *Op. cit.*, p. 53.

⁵ CARLOS GES, *La hermana muerte*, Castellón de la Plana, 1953.

⁶ PAUL WESTHEIM, *op. cit.*, p. 46.

⁷ Es decir, algo muy semejante a lo que era para los griegos. Para éstos, “la muerte era un proceso tan natural como el nacimiento: algo doloroso, sin duda, pero no algo a que hubiera que resistir, algo odioso, algo que debiéramos empeñarnos en burlar” (*cf.* GILBERT HIGHET, *La tradición clásica*, México 1954, t. II, p. 115).

⁸ PAUL WESTHEIM, *op. cit.*, p. 18.

⁹ *Cf.* GAARDER, *Habla*, p. 106.

¹⁰ ANTONIO ALATORRE, “El idioma de los mexicanos”, *Revista de la Universidad de México*, x (1955-1956), núms. 2 y 3.

¹¹ *Cf.* ALATORRE, II, 12: “Si el mexicano parece afanarse en dar la impresión de que no le teme a la muerte, la abundancia misma de expresiones y la creación constante de nuevos giros demuestra que la muerte sí le preocupa”. Así se inclinan a explicar también el jocoso desenfadado con que el mexicano se enfrenta con la muerte OCTAVIO PAZ (“en su actitud hay quizá tanto miedo como en la de los otros”: *op. cit.*, p. 60) y GAARDER (“No es que no exista en México como en todas partes el temor de la muerte. Por el contrario, el mexicano común y corriente... atribuirá estas manifestaciones al afán de convertir en sainete el terror que siente ante aquel incognoscible”: *Habla*, p. 107).

¹² *Cf.* ALATORRE, II, p. 12.

¹³ “Yo no soy de los cobardes / que le temen a la muerte; / la muerte no mata a nadie, / la matadora es la suerte” (MENDOZA, *Corrido*, p. 170). Repárese en la jactancia temeraria del tradicional “Si me han de matar mañana, ¡que me maten de una vez!”

¹⁴ GES, *op. cit.*, p. 156.

¹⁵ “Al hacer resaltar el lado jocoso de la vida en aquellas ocasiones en que la vida misma se encuentra en peligro... y el sujeto ríe despreciando aquellos instintos y llega así a la negación del yo y de su realidad... hay [en esta actitud] una grandeza de ánimo próxima a la heroicidad” (Dr. J. GOYANES, *Del sentimiento cómico en la vida y en el arte. Ensayo estético psicológico*, Madrid, Aguilar, 1932, p. 246).

¹⁶ Este fracaso amenaza a las ingeniosidades en que juegan los conceptos antitéticos de *muerte* y *alegría*, o sea del humorismo macabro, porque la idea de muerte lleva en sí tal impresión de profundidad, que para conseguir transformarla en superficialidad frívola es preciso disponer de un privilegiado don de gracia” (GES, *op. cit.*, p. 84).

¹⁷ GOYANES, *Loc. cit.*

¹⁸ *Cf.* a este respecto, JESPERSEN, p. 210; GUIRAUD, *L'argot*, 35; CLAVERÍA, 147-148; y C. NYROP, *Grammaire historique de la langue*

française, IV Copenhague, 1913, pp. 279 y ss. No me ha sido posible consultar el libro de L. MORANDI, *In quanti modi si posse morire in Italia*, Torino, 1883, al que alude CLAVERÍA, *Loc. cit.* Sin embargo, no creo poder estar en ningún modo de acuerdo con la opinión de GAARDER (*Habla*, p. 105), según el cual “estas variantes se dan en todos los países, y mucho más numerosas que en México, al menos en inglés y francés”. Claro que hace esta afirmación con base en el exiguo número de expresiones por él recogidas en su estudio (que ni siquiera llegan a las dos docenas); imagino que, de conocer todas las que he logrado reunir en estas páginas, tal vez modificaría integralmente su opinión.

¹⁹ “No es para hacer fútil lo serio por lo que... (se) emplean estas expresiones, sino más bien para aliviar el arraigado temor a



—Albert Kaw

“estremecimiento de horror ante la muerte”



—Albert Kaw

“cierto espíritu festivo, sarcástico”



"El mexicano se abre ante la muerte, la adula, la festeja, la cultiva, se abraza a ella... pero no se entrega"

la palabra verdadera... [como] resultado del miedo a la palabra desnuda y clara, resonancia de la idea que tienen las tribus salvajes según las cuales un nombre es algo que tiene existencia real fuera de los nombres, algo que posee poder, de suerte que el modo de sustraerse a malas consecuencias es no usar la palabra franca...; [o sea] porque la palabra se ha convertido en *tabú*" (JESPersen, pp. 212-214). Lo mismo supone GARCÍA DE DIEGO (*Lecc.*, p. 49): "Un caso de *tabú* universal es el de la muerte. Tan impresionante es la realidad y su nombre, que éste vive en continua suplantación... En latín, su horror se disimula con vaguedades de tránsito, *perire*, *interire*, *obire*, *recedere*". También para ALSINA (pp. 15-16) el germen o la raíz de estos eufemismos es lo que llama *superstición* (*tabú*?): "Parece ser de mal agüero usar determinados términos, que, por lo tanto, se evitan cuidadosamente. Tal, por ejemplo, ocurre con las palabras que hacen referencia al *morir* y a la *muerte*. En casi todas las lenguas conocidas se observa un cuidado especial en evitar estos términos, e incluso en algunas lenguas indoeuropeas, como ha observado WACKERNAGEL (*Vorlesungen über Syntax*, II, p. 286), la pérdida de la raíz *mer* / *mor* (como en griego, que se sustituye por el prehelénico *θάνατος*) puede deberse a razones de este tipo."

²⁰ Ése podría ser el caso de expresiones españolas como *si me ocurre algo*, *si algo me sucede*, por "si muero" o "si me matan", cuando tal cosa tiene alguna posibilidad de suceder y se teme verdaderamente pronunciar la palabra escueta que designa tan terrible contingencia. Expresiones como éstas tienen su equivalente exacto en latín arcaico (*si quis me fuit*, PLAUTO, *Poen.* 1085) y en griego antiguo (*ἤντιπάθῃ*): cf. ALSINA, p. 16.

²¹ "On évite aussi par courtoisie certaines évocations déplaisantes; on ne parle pas de corde dans la maison d'un pendu, un mort est le *défeunt* ou le *disparu*... L'origine des *tabous* est différente; il ne s'agit plus d'une simple association mais d'une identification du nom a la chose" (PIERRE GUIRAUD, *La sémantique*, París, 1959; pp. 55-56). Creo, en efecto, que casi todos los eufemismos "serios" de *morir* pueden explicarse de esta manera. Por delicadeza, por cortesía o por imposición de los hábitos sociales puede ser que, al hablar con un amigo de la *muerte* de algún pariente suyo, me refiera a su *fallecimiento*; o que, al redactar una esquela fúnebre, se mencione el *deceso* de tal persona; o que al pronunciar unas palabras en público, se hable de "la sensible *pérdida*", pero en la intimidad, en el habla normal, en ausencia de los deudos, el suceso será simple y llanamente la *muerte* de F. "Cuando *falleció* su padre", podré decir en determinados casos; pero, hablando del mismo suceso con personas no allegadas directamente al difunto, diré siempre "cuando *murió* F.", sin que ni la palabra *muerte* ni el verbo *morir* despierten en mí sentimiento alguno de temor o de superstición. Esos eufemismos "formales" son fruto más de las convenciones cortes de la sociedad que de temores ancestrales de ninguna clase. (Cf. también GARCÍA DE DIEGO, *Lecc.*, 40, donde considera a tales expresiones "pura evasión eufemística"). Por otro lado, en las locuciones burlonas del tipo "llevarse la calaca a uno" es absolutamente imposible suponer influencia directa del *tabú* lingüístico: por irrespetuosa y casi blasfema, mucho más peligrosa resultaría la expresión eufemística que el verbo eludido. No funciona así, ciertamente, el *tabú* (que en muchos casos lleva a otorgar un nombre respetuoso, ennobecedor y meliorativo, a la realidad temida).

²² Para C. A. SMITH (*New words self-defined*, New York, 1920; p. 79) y para M. M'KINGHT (*English words and their background*, New York-London, 1923, p. 277), muchas de las expresiones usadas

por los soldados durante la Primera Guerra Mundial —como *go West*, *click it* (ir de permiso), *push up the daisies*— eran el resultado del espíritu de la vida militar, de la familiaridad con la muerte (más que del temor a ella) y el deseo de tomar en broma lo serio y horripilante. Creo que esta interpretación coincide cabalmente con la que trato de dar a la *mayoría* de las expresiones mexicanas que he oído. — La misma opinión, en esencia, sostiene GARCÍA DE DIEGO en otro lugar de su obra: "La reacción jocosa contra el horror de la muerte, tan fecunda en temas literarios españoles, crea en las lenguas voces risueñas del morir. En español se dice, entre otras, *palmar*, *espichar*, *diñarla*, *estirar la pata*, *hincar el pico*, *liárselas*" (*Lecc.*, p. 40).

²³ Como ejemplo de esas canciones, transcribo una que oí en cierta ocasión (nunca la he visto recogida por escrito), y en la cual se acumulan las expresiones festivas que valen 'morir': "Cleto el Fufuy / sus ojitos cerró, / todo el equipo, / al morir, *entregó*; / "Ya hizo el Mamerto" / —soltando el llanto, / (ni que fuera para tanto) / dijo la viuda al doitor: / "De un coraje *se me enfrió*, / ¡qué poco *aguante*!" / Lo sacaron con los tenis *pa'delante* / ... Cuando vivía el infeliz: "¡Si *se fundiera*!" / y hoy que ya *está en el veliz*: / "¡Qué bueno era!" Al licenciado LUIS CABRERA se atribuye la siguiente conjugación del presente verbo "irregular" *morir*: "Yo muero, tú falleces, él sucumbe, nosotros nos retiramos, vosotros os petateáis, ellos se pelan" (los recoge RUBIO, *Refranes*, II, p. 94).

²⁴ Al menos en un aspecto hay indiscutiblemente burla, mofa y deleite dentro de tan macabras danzas: en el de la sátira social. El pueblo de la Edad Media no podía dejar de deleitarse ante la idea de que todos los poderosos, todos los que se jactan de su riqueza, su pompa, su poder y su grandeza, habrán de humillarse por igual ante la muerte. Según MENÉNDEZ Y PELAYO (*Antología de poetas líricos castellanos*, Editorial Nacional, Santander, 1944; I, p. 339) el germen de sátira social fue el aspecto de las danzas macabras que más satisfizo a los castellanos.

²⁵ "Europa procura liberarse de su temor a la muerte, que es a la vez temor al Juicio Final y temor al Infierno, al través de las representaciones de la danza macabra, que es, desde el siglo XIV hasta el XVI, el tema más popular de la poesía, el teatro, la pintura y las artes gráficas" (WESTHEIM, p. 59).

²⁶ WESTHEIM, p. 81.

²⁷ "Es una crítica que no recurre a la indignación moral, a las protestas patéticas, sino a la ocurrencia ingeniosa, a la sonrisa irónica, a los alfilerazos satíricos" (WESTHEIM, p. 103). Sería también muy difícil determinar hasta qué punto puede haber influido en esta peculiar familiaridad para con la muerte de que hace gala el mexicano, la también sorprendente campechanía con que los españoles tratan —por lo menos, a los ojos de otros europeos— a tan temible señora. "España está poblada —escribía CAMILO MAUCLAIR— por una raza enamorada de la muerte, que mezcla la familiaridad con ella a todos sus cantos populares." Cit. por C. GES (*op. cit.*, p. 123 n.), para quien el hecho "de reírse a sabiendas de la muerte, fruto de la familiaridad creada por siglos de estoicismo étnico" es una "condición española" (p. 200). Y ese "estoicismo puede adornarse con galas de jococidad y adoptar la forma de juego burlón, tan grato al carácter español" (p. 156). No olvidemos que la mayoría de las expresiones mexicanas reunidas en este libro —o, al menos, los moldes lingüísticos a que ellas se acomodan— son de raigambre hispana. Comunidad de forma que tal vez corresponda a una semejanza de actitud.